

# Hermano Roger

*(12 de mayo de 1915 – 16 de agosto del 2005)*

Todo comenzó por una gran soledad cuando, en agosto de 1940, a la edad de veinticinco años, el hermano Roger dejó su país natal, Suiza, para ir a vivir a Francia, el país de su madre. Desde hacía varios años, llevaba consigo la llamada a crear una comunidad donde se concretara todos los días una reconciliación entre cristianos, «donde la bondad del corazón fuera vivida muy concretamente, y donde el amor estuviera en el corazón de todo». Esta creación, el hermano Roger deseaba insertarla en el sufrimiento del momento, y fue así como, en plena guerra mundial, se instaló en la pequeña aldea de Taizé, en Borgoña, a unos kilómetros de la línea de demarcación que dividía a Francia en dos. Escondió entonces a refugiados (particularmente a judíos), quienes sabían que al escapar a la zona ocupada, podrían encontrar refugio en su casa.

Más tarde, algunos hermanos se unen a él, y el día de Pascua de 1949 los primeros hermanos se comprometen para toda la vida en el celibato, la vida común y una gran sencillez de vida.

En el silencio de un largo retiro, en el transcurso del invierno de 1952-1953, el fundador de la comunidad escribió la Regla de Taizé, que expresa para sus hermanos “lo esencial que permite la vida común”.

A partir de los años cincuenta, algunos hermanos fueron a vivir en lugares desfavorecidos para estar al lado de los que sufren.

Desde finales de los años cincuenta, el número de jóvenes que visitan Taizé se incrementó sensiblemente. A partir de 1962, algunos hermanos y algunos jóvenes, enviados por Taizé, no dejaron de ir y venir a los países de Europa del Este, con la mayor discreción, para no comprometer a aquellos que apoyaban. De 1962 a 1989, el propio hermano Roger visitó la mayoría

de los países de Europa del Este, a veces para encuentros de jóvenes, autorizados pero muy vigilados, a veces para simples visitas, sin posibilidad de hablar en público (“Me callaré con vosotros”, decía a los cristianos de esos países).

Fue en 1966 cuando algunas hermanas de San Andrés, comunidad católica internacional fundada hace más de siete siglos, vinieron a vivir a la aldea vecina y comenzaron a asumir una parte de las tareas de la acogida. Más recientemente algunas hermanas ursulinas polacas vinieron también para aportar su colaboración.

La comunidad de Taizé reúne actualmente a unos cien hermanos, católicos o de diversos orígenes evangélicos, procedentes de más de veinticinco naciones. A través de su propia existencia, la comunidad es un signo concreto de reconciliación entre cristianos divididos y entre pueblos separados.

En uno de sus últimos libros, titulado “Dios sólo puede amar”, (PPC), el hermano Roger describía así su camino ecuménico:

“¿Podría recordar a través de estas líneas que mi abuela materna descubrió intuitivamente como una clave para la vocación ecuménica, el que ella me abrió un camino para concretarlo? Marcado por el



testimonio de su vida, y siendo todavía muy joven, encontré tras ella mi propia identidad de cristiano reconciliando en mí mismo la fe de mis orígenes con el misterio de la fe católica, sin ruptura de comunión con nadie”.

Los hermanos no aceptan ningún donativo, ningún regalo. Tampoco aceptan para ellos mismos sus propias herencias personales, sino que las dan a los más pobres. Es por su trabajo que la comunidad gana su vida y comparte con otros.

Algunas pequeñas fraternidades se encuentran actualmente insertadas en barrios desheredados en Asia, en África, en América del Sur y del Norte. Los hermanos intentan allí compartir las condiciones de vida de aquellos que les rodean, esforzándose para ser una presencia de amor al lado de los más pobres, niños de la calle, presos, moribundos, los que se encuentran heridos hasta en lo más profundo debido a rupturas afectivas, por abandonos humanos.

Viniendo del mundo entero, los jóvenes se encuentran actualmente en Taizé todas las semanas del año para encuentros que pueden reunir de un domingo a otro, hasta seis mil personas procedentes de más de setenta naciones. Con los años, cientos de miles de jóvenes han pasado por Taizé, meditando el tema “vida interior y solidaridades humanas”. Buscan descubrir, en las fuentes de la fe, un sentido a su vida y se preparan para asumir responsabilidades allí donde viven.

Hombres de Iglesia visitan de igual modo Taizé, y la comunidad acogió de esta manera al papa Juan Pablo II, a tres arzobispos de Canterbury, a metropolitans ortodoxos, a los catorce obispos luteranos de Suecia, y a numerosos pastores del mundo entero.

Para apoyar a las jóvenes generaciones, la comunidad de Taizé anima una “peregrinación de confianza a través de la tierra”. Esta peregrinación no organiza a los jóvenes en un movimiento que estuviera centrado en la comunidad, sino que les estimula a ser portadores de paz, de reconciliación y de confianza en sus ciuda-

des, universidades, lugares de trabajo, en sus parroquias, y ello en comunión con todas las generaciones. Como etapa de esa “peregrinación de confianza a través de la tierra”, un encuentro europeo de cinco días reúne al final de cada año varias decenas de miles de jóvenes en una metrópolis europea, al Este o al Oeste.

Con ocasión del encuentro europeo, el hermano Roger publicaba todos los años una “carta”, traducida en más de cincuenta lenguas, retomada y meditada durante un año por los jóvenes, allí donde viven o durante los encuentros en Taizé. Esta carta, el fundador de Taizé a menudo la escribía a partir de un lugar de pobreza donde vivía por un tiempo (Calcuta, Chile, Haití, Etiopía, Filipinas, Sudáfrica...).

Hoy, por todo el mundo, el nombre de Taizé evoca paz, reconciliación, comunión, y la espera de una primavera para la Iglesia: “Cuando la Iglesia escucha, cura, reconcilia, ella llega a ser lo que es en lo más luminoso de sí misma: diáfano reflejo de un amor” (hermano Roger).

El hermano Roger desbrozó un camino y guio por él con una energía y un valor excepcionales. Ciertas convicciones íntimas lo llevaron a seguir por ese camino infatigablemente. Con frecuencia, el Hermano Roger repetía estas palabras: “Dios está unido a cada ser humano, sin excepción”. Esta confianza fue y será el vehículo de la vocación ecuménica de su pequeña comunidad.. El corazón del hermano Roger albergaba a todos los seres humanos, de todas las naciones, sobre todo a los jóvenes y a los niños...

La segunda convicción es que el hermano Roger volvía una y otra vez a un valor del Evangelio, la bondad de corazón. No son palabras vacías, sino una fuerza capaz de transformar al mundo porque, gracias a ella, Dios realiza su obra. Ante el mal, la bondad de corazón es una realidad vulnerable. Sin embargo, la vida que dio el hermano Roger es una promesa de que la paz de Dios tendrá la última palabra para

todas y cada una de las personas sobre la faz de la tierra.

El abandono ante la voluntad de Dios y el humilde don de sí se habían convertido en el hermano Roger en una fuente de paz interior, esperanza e, incluso, felicidad. ¿Quién podría haberse imaginado que este humilde don de sí acabaría un día en semejantes circunstancias? Y, sin embargo, incluso en estos momentos y con mayor motivo si cabe, se pueden recordar las palabras que al hermano Roger le encantaba repetir: “Tú que nos amas; tu misericordia y tu presencia hacen que nazca en nosotros la luz de la alabanza”.

Gracias al testimonio de sus amigos y siervos, Dios no deja de guiar a su Iglesia ni de prepararle un futuro. Con su presencia, sus palabras y su ejemplo, el hermano Roger hacía que el amor y la esperanza brillaran a su alrededor, más allá de las barreras y divisiones de este mundo. Hombre de comunión, alimentaba en su corazón y en su oración un profundo deseo de reconciliación y encuentro. Con los hermanos de la Comunidad de Taizé, quería plantar un fermento de unidad en la Iglesia y el mundo.

La primera escisión que dolía al Hermano Roger era la de la división entre cristianos. Desde su juventud, se unió a la oración de Cristo de “que todos sean una sola cosa, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti” (Juan 17, 21). Quería vivir la fe de una Iglesia sin divisiones, sin romper con nadie, dentro de una gran fraternidad. Creía, sobre todo, en el ecumenismo de la santidad, la que cambia lo más profundo del alma y que, por sí sola, lleva hacia la comunión plena. Sí, la primavera del ecumenismo floreció en una colina de Taizé, en esta Iglesia de la Reconciliación, en la que miembros de distintas tradiciones cristianas se reúnen en un marco de respeto y diálogo, en oración y compartiendo como hermanos, inspirados por la presencia y el ejemplo del hermano Roger.

La segunda escisión que dolía al hermano Roger era la división entre pueblos y



naciones, entre países ricos y países pobres. Toda forma de injusticia y abandono lo entristecían profundamente. Quería que algunos hermanos de la comunidad se fueran a vivir a otros países con los más pobres de entre los pobres, en pequeños grupos, como un símbolo sencillo de amor y comunión. Sentía especial aprecio por esta sencilla forma de testimonio, como una profecía en miniatura del Reino de Dios, como una semilla de amistad y reconciliación en un mundo plagado por la indiferencia. Para el Hermano Roger, había una continuidad completa entre el amor de Dios y el amor de los seres humanos, entre la oración y el compromiso, entre la acción y la contemplación.

El hermano Roger era contemplativo, un hombre de oración, al que el Señor había llamado al silencio y la soledad de la vida monástica. Sin embargo, quería abrir el corazón de los monjes y de la Comunidad de Taizé a los jóvenes de todo el mundo, a su búsqueda y su esperanza, a su alegría y sufrimiento, a sus caminos de fe y de vida. Éstas son las últimas líneas de su último libro, publicado hace un mes: “Por mi parte, llegaría hasta los confines de la tierra, si pudiera, para repetir una y otra vez que confío en las generaciones más jóvenes”. Más allá de ser un guía o un padre espiritual, el hermano Roger fue, para muchos, un padre, un reflejo del Padre eterno y de la universalidad de su amor.

BEGOÑA DÍEZ